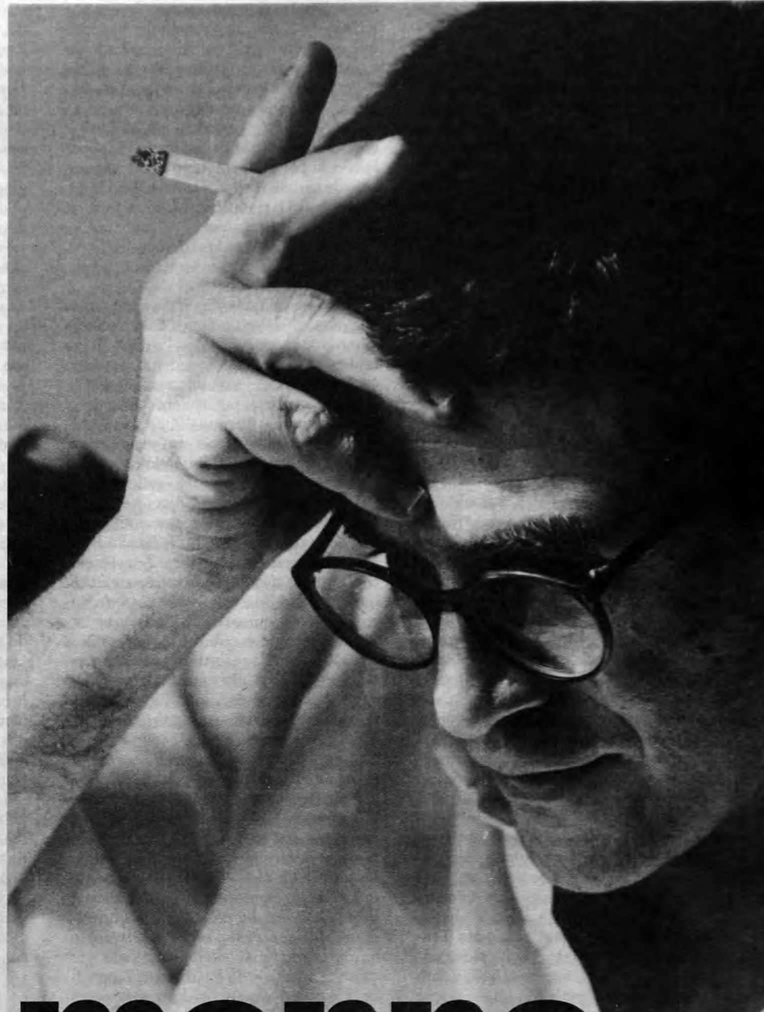


GUILLERMO Saccomanno

El cuento de un cuento

Es verano, como ahora. Y es también de noche. El calor se desploma sobre la ciudad, sofoca, aplasta, derrite y combustiona el ánimo. El amigo R., periodista de policiales, procura no darle demasiada importancia a las amenazas que viene recibiendo. Y sigue adelante con esa investigación sobre los negocios sucios de la policía. Esta noche, cuando nos encontramos, se establece rápido una cierta complicidad que empuja las confidencias. El cuento que van a leer pretende fijar el encuentro, esa noche interminable, la madrugada que alivia apenas el calor mientras una sensación de peligro queda instalada en mi departamento después de que R., en Retiro, se trepa a un colectivo que lo lleva a una cárcel a visitar un preso que le prometió información. En la mesa, cerca de la Olivetti, R. se olvidó un papelito con unos teléfonos.

Empiezo a tomar algunos apuntes sobre lo que podría llamarse *La confesión de R.* En todo lo que contó R. hay una narración. Pero ignoro cómo encararla. Más que la trama, la acción, me interesa la construcción del personaje. En una revista, por ahí, encuentro un reportaje a Fassbinder y una semblanza biográfica. Algo de lo que dice Fassbinder encaja justo en la visión del mundo de R., su *weltanschaung*. Más tarde busco artículos que publicó R., artículos sobre presos, fugas y represión en las cárceles. Me acuerdo de que hace años, un amigo que alquilaba un campito en la localidad de Hornos, me contó cómo la casa había sido allanada en tiempos de la dictadura. Esa historia, pienso, puede servir de base para explicar el exilio de R. en México. Esa misma semana, otra noche, con Forn y Fresán, damos vueltas cerca del Obelisco. Me detengo a mirar los carteles luminosos, a registrar las marcas y los colores de los anuncios. Forn y Fresán no preguntan. Saben de esta cuestión de pararse de golpe y anotar algo. Otra noche vuelvo a hacer el recorrido que hicimos con R. en la noche del encuentro. Chequeo si las impresiones coinciden. Y no. Es otra noche. La noche de la realidad no es la noche del cuento. Es verdad que la noche del cuento ocurrió en la realidad, pero la verdad de la ficción es otra. El calor persiste, no afloja. En la madrugada el cielo amenaza con una tormenta que no termina de descargarse. Junto los apuntes, los recortes, me siento frente a la Olivetti y empieza el cuento. Cuando lo termino, ya de mañana, advierto que casi no consulté los apuntes y los recortes. Caen los primeros goterones de una lluvia que se va convirtiendo en diluvio.

Meses después, cuando *Zippo* se publica dentro de la colección de relatos *Animales domésticos*, varios amigos me dicen que Zippo es inequívocamente R. Resulta complicado negarlo. Sospecho que R. puede ofenderse. Cuando se intenta reflejar la realidad, su borde con la ficción es riesgoso. Y viceversa. Es cierto que R. no es Zippo, pero también es cierto que Zippo le debe la vida. Otra noche, en el 36 Billares, vuelvo a encontrarme con R. Me dice que pasó por la editorial, que pidió el libro, que se metió en un bar, que pidió una ginebra y leyó el cuento. *Soy yo*, sonríe emocionado.

Con seguridad, ustedes querrán saber quién es R.

Dudo que importe a esta altura.

Porque el cuento de este cuento es otro cuento.

Guillermo Saccomanno

Puede que me hagan boleta esta misma noche –dice Zippo–. Y si me hacen boleta no son los rochos, hermanito. Es la yuta.

Zippo lo dice secándose el sudor de la frente con un pañuelito azul con rayas bordó. Después se lo pasa por el cuello y la nuca. El pañuelito desprende un perfume medio agrio.

Esta es una noche infernal. Desde la mañana temprano los medios avisaron a la población sobre las consecuencias del golpe de calor. Sus síntomas más comunes son debilidad física, calambres, fatiga, baja presión, pulso acelerado, fiebre, cambios bruscos de carácter, irritabilidad. También pérdida de la conciencia y alucinaciones. Si usted llega a sentir algunos de estos síntomas, consulte a su médico. A los viejos se les recomendaba permanecer en lugares frescos, ventilados y evitar las aglomeraciones. Comer liviano, en forma moderada y evitando las bebidas alcohólicas. Beber líquido en abundancia: agua fresca y jugos de frutas; dos o tres litros de líquido al día. Evitar la exposición al sol, en especial al mediodía, de once a quince horas. Usar ropa de algodón, liviana y holgada. No hacer esfuerzos físicos innecesarios. Tomar duchas tibias o refrescarse con agua los pies, los brazos y la cara. Quienes padecen de diabetes, hipertensión, enfermedades cardíacas pulmonares crónicas o Parkinson, decía la radio, son los más proclives a sufrir las consecuencias de las altas temperaturas. Al mediodía, el calor subía en oleadas de asfalto derritiéndose al sol. Ahora, en la noche, la ciudad mantiene el calor en cada una de sus paredes. Y nunca terminan de hacerse los cubitos en la heladerita petisa de los separados. Ahora con Zippo, ya de madrugada, le echamos al whisky agua fría de una jarra. Pero pronto el whisky en los vasos es un caldo alcohólico con un regusto a malta. Me desabrocho la camisa. Al rato me la quito. Tengo esperanzas de que una ducha me reanime. Pero, cuando me meto en el baño y abro las canillas, el agua sale tibia. Esta noche yo pensaba acostarme temprano si refrescaba. No sólo no refrescó sino que encima me encontré con Zippo.

Dejen que les cuente quién es Zippo.

Zippo debe tener algo más de treinta y pico, pero parece bastante mayor. Tiene pelo rubio, pajizo, y unas entradas que le agrandan la frente abultada. Sus ojos son celestes y la mirada es entre soñolienta y triste, como la de un chico lagañoso que recién se despierta. Usa un bigote finito. Siempre anda con barba de tres o cuatro días. Pero su barba no es la de un moderno. Más bien, la de un tipo que no toma mínimamente en cuenta su aspecto, aunque por la forma en que Zippo combina la ropa puede sospecharse que en él hay algo de moderno. Tiene un arrugadísimo saco azul, una camisa blanca abrochada en el primer botón, unos jeans gastados y calza unas zapatillas negras de caña alta con puntera de goma blanca. Un detalle: una de sus zapatillas tiene siempre el cordón desatado. Cuando uno lo ve caminar piensa cuánto va a tardar en pisar el cordón suelto, pero no. Hay que verlo caminar a Zippo: rígido, como si tuviera una contractura. Bajo, cabezón, endurecido, mientras camina con la flexibilidad trabada de un autómata no deja de mover los brazos, como si desfilara. Sus brazos parecieran tener una vida independiente del resto del cuerpo. Gesticula, hace un corte de manga, cierra el puño derecho y lo agita para darle énfasis a algo que dijo. Pero estos gestos, casi de maniático, son los menos en un tipo por lo general silencioso, tímido y controlado, que pareciera querer pasar inadvertido, manteniéndose siempre a un costado, prefiriendo escuchar y observar antes que participar. Uno puede pensar que estos gestos de Zippo responden a un tiempo largo de fermentación. *Cuando nos largamos, los solitarios somos imparables*, ha dicho Zippo en algún momento. Pero con todo esto no les conté todavía quién es Zippo, que en esta madrugada termina de decir algo de las amenazas telefónicas que recibió en la semana. Y no quiere admitir que está nervioso. Cualquiera en su lugar lo estaría. *Vivir peligrosamente*, ha dicho. Y después: *Todo lo que no me mata me fortalece*, con esa expresión suya, arqueando la boca hacia los costados, mostrando los dientes. Es un rictus que no se define ni por la risa ni por el llanto, pero que comparte algo de ambos. Al hacer la mueca, en la cara le asoma el miedo. Vuelve a repetir la cita, pero ahora en alemán. Cuando habla, Zippo mecha citas todo el tiempo. Tiene citas para todo y contra todo. Esta noche son su mejor antídoto contra el miedo.

Zippo no se llama Zippo. El apodo se lo pusieron en las redacciones donde trabajó como cronista de policiales. La explicación está en su antiguo encendedor de esa marca, bruñido por el uso, una verdadera reliquia que resiste el jugueteo nervioso de su dueño. Porque mientras Zippo te habla prende un cigarrillo tras otro jugando con la tapa del encendedor, abriéndolo y cerrándolo. *Pero a mí también me conocen como "el gomía de los rochos"*, dice. A Zippo lo enorgullece que lo conozcan como "el gomía de los rochos". Según él, *Foucault hablaba al dope*. Y lo justifica: *Los mismos rochos te lo dicen: la sombra enseña. El que entra ladrón a la cárcel, sale ladronazo*. Esta teoría quiso desarrollarla en un largo artículo que escribió hace unos años, cuando trabajaba en un diario que financiaba el PC. El artículo nunca llegó a publicarse. Poco después Zippo fue despedido por apología del delito. *Así son los bolches, todos caretas*, dice. *Burguesitos puritanos*. Y sigue: *Pero no te pienses que los rochos no lo son. En particular, cuando se hacen rochos importantes. El gangster también es un burgués, pero con el pensamiento al vesre. Los gangsters tienen los mismos ideales que un burgués, en lugar de ideales alternativos. Y se comportan básicamente igual que los capitalistas, sólo que su comportamiento es punible. Lo que los diferencia es que son víctimas del sistema. Esto mismo lo dijo Fassbinder*. Si uno duda acerca de su amistad con Fassbinder, Zippo dice: *Un tipazo, Rainer. Nos presentaron en Berlín, en un festival. El gordo vivía en el límite. Y su estado físico era el testimonio de un tiempo que urge. La destrucción del cuerpo le parecía una meta, el tributo que deben pagar los genios. Así pensaba el gordo. Y te lo decía tranqui, chupándose una cerveza con la humildad del que sabe. Nos chupamos Berlín juntos*. Uno puede pensar que Zippo es un fabulador, pero por la forma en que relata sus historias, todas con un eco de fabulación, se debe convenir en que alguna base real deben tener. *Cuando me lo presentaron, el gordo me pareció medio imbancable. Una tremenda bola de grasa egocéntrica y antisociable. Pero si pelabas onda, si le caías bien, después, al margen del circo, aparecía el que era en el fondo: un gordo desesperado que se angustiaba con la inmundicia de este mundo. Si querés saber cómo era Rainer, te cuento. ¿Oíste hablar de* La transacción Nagasaki*? Es un melodrama que gira alrededor de secretarias y sus jefes, un carnicero en un frigorífico de Frankfurt y un asesino de chicos. El guión se lo había traído Schlöndorff, Volker Schlöndorff, el director, que está casado con la Von Trotta*. Zippo dice los nombres con una pronunciación gutural impecable. *Volker estaba inseguro con ese guión. Además, no tenía de dónde rascar un marco. Bueno, el gordo cachó el guión, lo leyó y se puso a hacerlo tal como estaba. Y con él mismo, como actor. Así era Rainer, un tipazo y con categoría*. Fabulador o no, hay algo de lo que no dudo cuando escucho a Zippo hablar de su gran amigo Rainer. Y es que Zippo no está hablando de Rainer sino de sí. *Después de todo, qué es el cuerpo, hermanito. Vamos todo el tiempo contra él. Y el tiempo es cada vez más corto. No te alcanza para un joraca. Por eso, lo mejor, es tener la conciencia clara. Y como decía el poeta: la mejor manera de esperar es ir al encuentro*.

No me pidan que escriba correctamente el apellido de Zippo. Es una complicación austríaca llena de consonantes y con una diéresis imposible de acertar. Sin embargo, Zippo es argentino. *Nativo por casualidad*, te dice. *En verdad, debería ser boliviano. Porque cuando mis viejos vinieron rajando de los nazis fueron a parar a Bolivia, donde se embarazó mi madre. Pero me vino a parir a Buenos Aires durante un viaje de negocios del viejo*. A Zippo le causa gracia tener un apellido austríaco siendo hijo de un matrimonio judío fugitivo del exterminio. *Una vez cuando voy a Caseros a ver un rocho, un cana mira mi cédula y me saluda:* Heil. *Y yo le contesto: Abríme la bragueta y vas a ver que las apariencias engañan, loco*. En Bolivia su padre montó un aserradero. Y después de la guerra tomó como capataz a otro judío fugitivo como él. *Era un tipo muy gaucho*, dice Zippo. *Mis viejos lo querían y lo apreciaban. El tipo me tenía siempre en brazos. Se había encariñado conmigo*. Muchos años más tarde Zippo supo la identidad del capataz. Ni él ni sus padres pudieron creerlo. *Era el mismísimo Klaus Barbie, hermanito. Te lo juro: el mismísimo Klaus Barbie me acunó en sus brazos*.

Esta noche, antes de encontrarlo a Zippo, mi propósito era dar una vuelta, tomar aire, comer algo y acostarme temprano. Pero no soplaba ni una brisa. Bajé por la 9 de Julio hacia Corrientes. Había gran cantidad de gente en las plazoletas alrededor del Obelisco. Viejos, parejas, lúmpenes, mendigos, hippies fuera de época y chicos de la calle; sobre todo, chicos de la calle. Más derrumbados que sentados en el césped, todos quietos, transpirando, agobiados, sin aire, como atontados por un golpe, el golpe de calor que esta noche tenía el peso de todos los golpes que les dio la vida a estos pobres, entre los que estaban los nuevos pobres y los pobres de siempre, con las caras iluminadas por los gigantescos carteles de neón. Coca Cola: rojo y blanco. El Trust Joyero: rojo. *Ambito Financiero*: azul y blanco. Casio: rojo y verde. Y las caras, muchas, mirando el cielo, a la expectativa, cambiando de color con el juego de las luces y marcas. Noblex, Sanyo, Aiwa, Philco. Caras rojas, caras azules, caras verdes, caras blancas. Levantadas hacia la negrura del cielo encajonado entre edificios y el resplandor luminoso de los carteles, un cielo en el que las estrellas eran débiles bichitos de luz. Y aquí abajo, todos aplastados por el peso de la noche, inmovilizados, atinando apenas un gesto, levantando una cajita de tetrabrik, hurgando en una bolsa de papas fritas, lamiendo con paciencia vacuna un helado, sin fuerzas para hablar, envueltos en los estallidos multicolores de los neones, como si ellos fueran maniquíes a control remoto en esta noche que pegotea hasta los pensamientos.

Después Corrientes, hacia Callao. Uno que otro adolescente, alguna pareja que se engalanó para una salida que consiste en un cine, una pizza, cerveza y la vuelta a casa. Corrientes casi vacía en este enero. También algún que otro personaje con aire intelectualoide, algún que otro con pinta de moderno o de psicobolche. No faltan tampoco algunos cincuentones con pinta tanguera, aunque son los menos en esta avenida casi desierta alrededor de la medianoche. Y estos pocos todos tienen algo en común: la ropa comprada en liquidaciones, imitaciones de las marcas importadas. También, la palidez. Porque son los que no pudieron irse de vacaciones y deben conformarse con este paseo que alargan prolongando lo más posible el regreso a sus viviendas que el calor convirtió en microondas, viviendas de clase media cada vez menos media y más baja, ratoneras en las que el sopor del verano los acorrala en sus habitaciones demoliendo sus sueños que, deambulando por el centro, pueden parecer más reales.

A Zippo lo encontré a la altura de Montevideo. Los dos íbamos a la deriva. Los dos en banda.

Fuimos a comer a Chiquilín. Pedimos asado, ensalada mixta, una botella de selección López tinto, hielo y un agua con gas. Al rato pedimos otra botella de tinto. De postre, ensalada de fruta. Sobre el final discutimos acerca de la conveniencia de pedir una última botella de medio o de tres cuartos. Pero el final no era nunca el final porque es todo un gusto escuchar las historias de Zippo. Pedimos una botella de tres cuartos. Cuando pagamos y salimos, el agua con gas quedaba intacta.

Después fuimos al bar Ramos a tomar un café. Un café y tres whiskies cada uno. Estábamos por pedir el siguiente cuando me acordé de que en el departamento tenía una botella de JB. Podíamos haber venido caminando. Pero Zippo, en la esquina de Corrientes, como si se le hubieran disipado de pronto los efectos del calor y el alcohol, miraba hacia los costados buscando algo o a alguien. Bastante más tarde me di cuenta de que la suya era la reacción de quien se fija si lo siguen. Cuando le pregunté qué pasaba, Zippo me contestó con esa mueca que parece el anticipo de una carcajada o un llanto: *Nada, hermanito. Aquí no pasa nada*. Y paró un taxi. En el taxi, cada tanto, también se dio vuelta mirando hacia atrás por la luneta trasera. Recién al bajar en la esquina de San Martín y Córdoba me aclaró: *Me pareció ver unos monos, hermanito. Pero no*. Ya eran más de las cuatro.

Apenas entramos en el departamento, con una sonrisa educadísima, Zippo me pidió permiso para pasar al baño. Cerró la puerta con cuidado. Lo oí vomitar, toser, vomitar, toser y después bajar la palanca del tanque de agua. Después, el fluir del chorro de agua en el lavatorio y un chapoteo. Y finalmente el soplido del aerosol desodorante



de ambientes. Le pregunté a Zippo cómo se sentía. *Perfecto hermanito. Venga ese whisky*.

Zippo sacó fumo y se puso a armar dos porros con suma parsimonia. *Qué malaria*, dijo. *No hubiera venido mal un mogra*. Y mientras armaba, ceremonioso, empezó a contarme cosas que yo ya sabía, típicas de su repertorio.

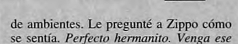
Lo que me contó era:

1) *EL MIEDO*

Al respecto, Zippo menciona un refrán criollo: *Al espantado, la sombra le basta*. Su pasado militante en la JP. El Operativo Dorrego. La JP y el ejército trabajando cuerpo a cuerpo en las villas. Aquellos que iban a construir la patria socialista y aquellos que, hasta hacía poco, constituían la guardia pretoriana del imperialismo pero que, ahora, por algún artilugio de la dialéctica y la negociación política, había pasado de ser el ejército represor a compañeros de ruta en la lucha por la liberación nacional. *¿Quién era el enlace entre la cúpula de los Montos y el general Carcagno, por entonces comandante en jefe de las fuerzas armadas, eh? Harguindeguy*, cuenta Zippo. *El mismo que más tarde, con el golpe, iba a manejar la Federal*. En abril del 76, Zippo se guardó en la provincia. *Con unos cumpas nos escondimos en un campito en Hornos, camino a Las Heras. El campito era de los viejos muy gambas de uno de los cumpas*. Zippo se demora en la descripción de esos días en Hornos. El antiguo y vencido casco de estancia, la huerta, el gallinero, los chanchos y las largas cabalgatas por el campo. Se detiene en la enumeración de los árboles, en el perfume del rocío. El casco estaba amurallado desde los tiempos de Ro-

De *Animales domésticos*. Se repr

Zippo



Por Guillermo Saccomanno

Puede que me hagan boleta esta misma noche –dice Zippo–. Y si me hacen boleta no son los rochos, hermanito. Es la yuta.

Zippo lo dice secándose el sudor de la frente con un pañuelito azul con rayas bordó. Después se lo pasa por el cuello y la nuca. El pañuelito desprende un perfume medio agrio.

Esta es una noche infernal. Desde la mañana temprano los medios avisaron a la población sobre las consecuencias del golpe de calor. Sus síntomas más comunes son debilidad física, calambres, fatiga, baja presión, pulso acelerado, fiebre, cambios bruscos de carácter, irritabilidad. También pérdida de la conciencia y alucinaciones. Si usted llega a sentir algunos de estos síntomas, consulte a su médico. A los viejos se les recomendaba permanecer en lugares frescos, ventilados y evitar las aglomeraciones. Comer liviano, en forma moderada y evitando las bebidas alcohólicas. Beber líquido en abundancia: agua fresca y jugos de frutas; dos o tres litros de líquido al día. Evitar la exposición al sol, en especial al mediodía, de once a quince horas. Usar ropa de algodón, liviana y holgada. No hacer esfuerzos físicos innecesarios. Tomar duchas tibias o refrescarse con agua los pies, los brazos y la cara. Quienes padecen de diabetes, hipertensión, enfermedades cardíacas pulmonares crónicas o Parkinson, decía la radio, son los más proclives a sufrir las consecuencias de las altas temperaturas. Al mediodía, el calor subía en oleadas de asfalto derritiéndose al sol. Ahora, en la noche, la ciudad mantiene el calor en cada una de sus paredes. Y nunca terminan de hacerse los cubitos en la heladerita petisa de los separados. Ahora con Zippo, ya de madrugada, le echamos al whisky agua fría de una jarra. Pero pronto el whisky en los vasos es un caldo alcohólico con un regusto a malta. Me desabrocho la camisa. Al rato me la quito. Tengo esperanzas de que una ducha me reanime. Pero, cuando me meto en el baño y abro las canillas, el agua sale tibia. Esta noche yo pensaba acostarme temprano si refrescaba. No sólo no refrescó sino que encima me encontré con Zippo.

Dejen que les cuente quién es Zippo.

Zippo debe tener algo más de treinta y pico, pero parece bastante mayor. Tiene pelo rubio, pajizo, y unas entradas que le agrandan la frente abultada. Sus ojos son celestes y la mirada es entre soñolienta y triste, como la de un chico lagañoso que recién se despierta. Usa un bigote finito. Siempre anda con barba de tres o cuatro días. Pero su barba no es la de un moderno. Más bien, la de un tipo que no toma mínimamente en cuenta su aspecto, aunque por la forma en que Zippo combina la ropa puede sospecharse que en él hay algo de moderno. Tiene un arrugadísimo saco azul, una camisa blanca abrochada en el primer botón, unos jeans gastados y calza unas zapatillas negras de caña alta con puntera de goma blanca. Un detalle: una de sus zapatillas tiene siempre el cordón desatado. Cuando uno lo ve caminar piensa cuánto va a tardar en pisar el cordón suelto, pero no. Hay que verlo caminar a Zippo: rígido, como si tuviera una contractura. Bajo, cabezón, endurecido, mientras camina con la flexibilidad trabada de un autómata no deja de mover los brazos, como si desfilara. Sus brazos parecieran tener una vida independiente del resto del cuerpo. Gesticula, hace un corte de manga, cierra el puño derecho y lo agita para darle énfasis a algo que dijo. Pero estos gestos, casi de maniático, son los menos en un tipo por lo general silencioso, tímido y controlado, que pareciera querer pasar inadvertido, manteniéndose siempre a un costado, prefiriendo escuchar y observar antes que participar. Uno puede pensar que estos gestos de Zippo responden a un tiempo largo de fermentación. *Cuando nos largamos, los solitarios somos imparables*, ha dicho Zippo en algún momento. Pero con todo esto no les conté todavía quién es Zippo, que en esta madrugada termina de decir algo de las amenazas telefónicas que recibió en la semana. Y no quiere admitir que está nervioso. Cualquiera en su lugar lo estaría. *Vivir peligrosamente*, ha dicho. Y después: *Todo lo que no me mata me fortalece*, con esa expresión suya, arqueando la boca hacia los costados, mostrando los dientes. Es un rictus que no se define ni por la risa ni por el llanto, pero que comparte algo de ambos. Al hacer la mueca, en la cara le asoma el miedo. Vuelve a repetir la cita, pero ahora en alemán. Cuando habla, Zippo mecha citas todo el tiempo. Tiene citas para todo y contra todo. Esta noche son su mejor antídoto contra el miedo.

Zippo no se llama Zippo. El apodo se lo pusieron en las redacciones donde trabajó como cronista de policiales. La explicación está en su antiguo encendedor de esa marca, bruñido por el uso, una verdadera reliquia que resiste el jugueteo nervioso de su dueño. Porque mientras Zippo te habla prende un cigarrillo tras otro jugando con la tapa del encendedor, abriéndolo y cerrándolo. *Pero a mí también me conocen como "el gomía de los rochos"*, dice. A Zippo lo enorgullece que lo conozcan como "el gomía de los rochos". Según él, *Foucault hablaba al dope.* Y lo justifica: *Los mismos rochos te lo dicen: la sombra enseña. El que entra ladrón a la cárcel, sale ladronazo.* Esta teoría quiso desarrollarla en un largo artículo que escribió hace unos años, cuando trabajaba en un diario que financiaba el PC. El artículo nunca llegó a publicarse. Poco después Zippo fue despedido por apología del delito. *Así son los bolches, todos caretas*, dice. *Burguesitos puritanos.* Y sigue: *Pero no te pienses que los rochos no lo son. En particular, cuando se hacen rochos importantes. El gangster también es un burgués, pero con el pensamiento al vesre. Los gangsters tienen los mismos ideales que un burgués, en lugar de ideales alternativos. Y se comportan básicamente igual que los capitalistas, sólo que su comportamiento es punible. Lo que los diferencia es que son víctimas del sistema. Esto mismo lo dijo Fassbinder.* Si uno duda acerca de su amistad con Fassbinder, Zippo dice: *Un tipazo, Rainer. Nos presentaron en Berlín, en un festival. El gordo vivía en el límite. Y su estado físico era el testimonio de un tiempo que urge. La destrucción del cuerpo le parecía una meta, el tributo que deben pagar los genios. Así pensaba el gordo. Y te lo decía tranqui, chupándose una cerveza con la humildad del que sabe. Nos chupamos Berlín juntos.* Uno puede pensar que Zippo es un fabulador, pero por la forma en que relata sus historias, todas con un eco de fabulación, se debe convenir en que alguna base real deben tener. *Cuando me lo presentaron, el gordo me pareció medio imbancable. Una tremenda bola de grasa egocéntrica y antisociable. Pero si pelabas onda, si le caías bien, después, al margen del circo, aparecía el que era en el fondo: un gordo desesperado que se angustiaba con la inmundicia de este mundo. Si querés saber cómo era Rainer, te cuento. ¿Oíste hablar de* La transacción Nagasaki*? Es un melodrama que gira alrededor de secretarias y sus jefes, un carnicero en un frigorífico de Frankfurt y un asesino de chicos. El guión se lo había traído Schlöndorff, Volker Schlöndorff, el director, que está casado con la Von Trotta.* Zippo dice los nombres con una pronunciación gutural impecable. *Volker estaba inseguro con ese guión. Además, no tenía de dónde rascar un marco. Bueno, el gordo cachó el guión, lo leyó y se puso a hacerlo tal como estaba. Y con él mismo, como actor. Así era Rainer, un tipazo y con categoría.* Fabulador o no, hay algo de lo que no dudo cuando escucho a Zippo hablar de su gran amigo Rainer. Y es que Zippo no está hablando de Rainer sino de sí. *Después de todo, qué es el cuerpo, hermanito. Vamos todo el tiempo contra él. Y el tiempo es cada vez más corto. No te alcanza para un joraca. Por eso, lo mejor, es tener la conciencia clara. Y como decía el poeta: la mejor manera de esperar es ir al encuentro.*

No me pidan que escriba correctamente el apellido de Zippo. Es una complicación austríaca llena de consonantes y con una diéresis imposible de acertar. Sin embargo, Zippo es argentino. *Nativo por casualidad*, te dice. *En verdad, debería ser boliviano. Porque cuando mis viejos vinieron rajando de los nazis fueron a parar a Bolivia, donde se embarazó mi madre. Pero me vino a parir a Buenos Aires durante un viaje de negocios del viejo.* A Zippo le causa gracia tener un apellido austríaco siendo hijo de un matrimonio judío fugitivo del exterminio. *Una vez cuando voy a Caseros a ver un rocho, un cana mira mi cédula y me saluda:* Heil. *Y yo le contesto: Abríme la bragueta y vas a ver que las apariencias engañan, loco.* En Bolivia su padre montó un aserradero. Y después de la guerra tomó como capataz a otro judío fugitivo como él. *Era un tipo muy gaucho*, dice Zippo. *Mis viejos lo querían y lo apreciaban. El tipo me tenía siempre en brazos. Se había encariñado conmigo.* Muchos años más tarde Zippo supo la identidad del capataz. Ni él ni sus padres pudieron creerlo. *Era el mismísimo Klaus Barbie, hermanito. Te lo juro: el mismísimo Klaus Barbie me acunó en sus brazos.*

Esta noche, antes de encontrarlo a Zippo, mi propósito era dar una vuelta, tomar aire, comer algo y acostarme temprano. Pero no soplaba ni una brisa. Bajé por la 9 de Julio hacia Corrientes. Había gran cantidad de gente en las plazoletas alrededor del Obelisco. Viejos, parejas, lúmpenes, mendigos, hippies fuera de época y chicos de la calle; sobre todo, chicos de la calle. Más derrumbados que sentados en el césped, todos quietos, transpirando, agobiados, sin aire, como atontados por un golpe, el golpe de calor que esta noche tenía el peso de todos los golpes que les dio la vida a estos pobres, entre los que estaban los nuevos pobres y los pobres de siempre, con las caras iluminadas por los gigantescos carteles de neón. Coca Cola: rojo y blanco. El Trust Joyero: rojo. *Ambito Financiero*: azul y blanco. Casio: rojo y verde. Y las caras, muchas, mirando el cielo, a la expectativa, cambiando de color con el juego de las luces y marcas. Noblex, Sanyo, Aiwa, Philco. Caras rojas, caras azules, caras verdes, caras blancas. Levantadas hacia la negrura del cielo encajonado entre edificios y el resplandor luminoso de los carteles, un cielo en el que las estrellas eran débiles bichitos de luz. Y aquí abajo, todos aplastados por el peso de la noche, inmovilizados, atinando apenas un gesto, levantando una cajita de tetrabrik, hurgando en una bolsa de papas fritas, lamiendo con paciencia vacuna un helado, sin fuerzas para hablar, envueltos en los estallidos multicolores de los neones, como si ellos fueran maniquíes a control remoto en esta noche que pegotea hasta los pensamientos.

Después Corrientes, hacia Callao. Uno que otro adolescente, alguna pareja que se engalanó para una salida que consiste en un cine, una pizza, cerveza y la vuelta a casa. Corrientes casi vacía en este enero. También algún que otro personaje con aire intelectualoide, algún que otro con pinta de moderno o de psicobolche. No faltan tampoco algunos cincuentones con pinta tanguera, aunque son los menos en esta avenida casi desierta alrededor de la medianoche. Y estos pocos todos tienen algo en común: la ropa comprada en liquidaciones, imitaciones de las marcas importadas. También, la palidez. Porque son los que no pudieron irse de vacaciones y deben conformarse con este paseo que alargan prolongando lo más posible el regreso a sus viviendas que el calor convirtió en microondas, viviendas de clase media cada vez menos media y más baja, ratoneras en las que el sopor del verano los acorrala en sus habitaciones demoliendo sus sueños que, deambulando por el centro, pueden parecer más reales.

A Zippo lo encontré a la altura de Montevideo. Los dos íbamos a la deriva. Los dos en banda.

Fuimos a comer a Chiquilín. Pedimos asado, ensalada mixta, una botella de selección López tinto, hielo y un agua con gas. Al rato pedimos otra botella de tinto. De postre, ensalada de fruta. Sobre el final discutimos acerca de la conveniencia de pedir una última botella de medio o de tres cuartos. Pero el final no era nunca el final porque es todo un gusto escuchar las historias de Zippo. Pedimos una botella de tres cuartos. Cuando pagamos y salimos, el agua con gas quedaba intacta.

Después fuimos al bar Ramos a tomar un café. Un café y tres whiskies cada uno. Estábamos por pedir el siguiente cuando me acordé de que en el departamento tenía una botella de JB. Podíamos haber venido caminando. Pero Zippo, en la esquina de Corrientes, como si se le hubieran disipado de pronto los efectos del calor y el alcohol, miraba hacia los costados buscando algo o a alguien. Bastante más tarde me di cuenta de que la suya era la reacción de quien se fija si lo siguen. Cuando le pregunté qué pasaba, Zippo me contestó con esa mueca que parece el anticipo de una carcajada o un llanto: *Nada, hermanito. Aquí no pasa nada.* Y paró un taxi. En el taxi, cada tanto, también se dio vuelta mirando hacia atrás por la luneta trasera. Recién al bajar en la esquina de San Martín y Córdoba me aclaró: *Me pareció ver unos monos, hermanito. Pero no.* Ya eran más de las cuatro.

Apenas entramos en el departamento, con una sonrisa educadísima, Zippo me pidió permiso para pasar al baño. Cerró la puerta con cuidado. Lo oí vomitar, toser, vomitar, toser y después bajar la palanca del tanque de agua. Después, el fluir del chorro de agua en el lavatorio y un chapoteo. Y finalmente el soplido del aerosol desodorante de ambientes. Le pregunté a Zippo cómo se sentía. *Perfecto hermanito. Venga ese whisky.*

Zippo sacó fumo y se puso a armar dos porros con suma parsimonia. *Qué malaria*, dijo. *No hubiera venido mal un mogra.* Y mientras armaba, ceremonioso, empezó a contarme cosas que yo ya sabía, típicas de su repertorio.

Lo que me contó era:

1) *EL MIEDO*

Al respecto, Zippo menciona un refrán criollo: *Al espantado, la sombra le basta.* Su pasado militante en la JP. El Operativo Dorrego. La JP y el ejército trabajando cuerpo a cuerpo en las villas. Aquellos que iban a construir la patria socialista y aquellos que, hasta hacía poco, constituían la guardia pretoriana del imperialismo pero que, ahora, por algún artilugio de la dialéctica y la negociación política, había pasado de ser el ejército represor a compañeros de ruta en la lucha por la liberación nacional. *¿Quién era el enlace entre la cúpula de los Montos y el general Carcagno, por entonces comandante en jefe de las fuerzas armadas, eh? Harguindeguy,* cuenta Zippo. *El mismo que más tarde, con el golpe, iba a manejar la Federal.* En abril del 76, Zippo se guardó en la provincia. *Con unos cumpas nos escondimos en un campito en Hornos, camino a Las Heras. El campito era de los viejos muy gambas de uno de los cumpas.* Zippo se demora en la descripción de esos días en Hornos. El antiguo y vencido casco de estancia, la huerta, el gallinero, los chanchos y las largas cabalgatas por el campo. Se detiene en la enumeración de los árboles, en el perfume del rocío. El casco estaba amurallado desde los tiempos de Rosas y la guerra contra el malón. *Nos convenía pasar de las consignas del Che al pacifismo de Woodstock.*

En lugar de crear uno, dos, cien Vietnam en todas partes, más saludable les pareció organizar una comunidad. Pero un mediodía, un sábado, mientras guitarreaban, tomaban unos vinos y hacían un asado, varios Falcon rodearon el casco. La desbandada. Zippo atinó a tirarse de cabeza al aljibe. Desde el fondo del pozo, enterrado en el agua y la oscuridad, oyó los gritos y los tiros. *Mamá, mamita, gritaba uno de los cumpas,* cuenta Zippo. *Yo zafé*, dice. Y se queda callado un rato. Después de eso, después de haberse salvado, el exilio, la culpa de estar vivo y las pesadillas recurrentes. *Desde entonces me quedó esta variación del tartamudeo, la lentitud para arrancar una frase y después mandarla de un tirón.* También, aclara, esa costumbre de darse vuelta cada tanto en la calle. La persecuta no es boluda. Y el paranoico siempre tiene algo de razón, dice. Lo dice con esa expresión, tensando la boca hacia los costados. *Era un borrego, hermanito. Cuando aterricé en el De Efe ni sabía cómo me llamaba. Y todavía hoy sueño que estoy en el fondo del pozo.*

2) *LA PROPIEDAD*

Hace un par de años Zippo publicó un libro sobre la falsificación y el robo de obras de arte en Argentina. La premisa de Zippo es inspirada. Y parte de la literatura. *Onetti le afanó a Faulkner. Faulkner le afanó a Melville. Melville le afanó a la Biblia,* comenta Zippo. *Y los que escribieron la Biblia, son los sumos pontífices del achaco. ¿Ves? Por ese lado me tira a mí el arte. Por el lado del achaco.* Pero el libro de Zippo no es sobre literatura sino sobre plástica. *Pensaba que mi libro era gelinita pura. Imaginate. Me metía con los marchands, con los funcionarios de los museos. ¿Querés que te cuente cómo te podés hacer con un Pettoruti, con un Fader, con un Victorica?* Zippo dice que un día de lluvia un empleado del museo llega a su oficina con impermeable. Baja al sótano y ataca una tela. Después, se la lleva en el forro del impermeable. *¿Quién va a inspeccionar el sótano de un museo?* Y otro día de lluvia, el empleado vuelve con el impermeable. Y en el impermeable trae la copia que reemplaza al original. *Esta es la fórmula más cantada de todas las fórmulas de achaco de los clásicos nacionales, que no existen ni como clásicos ni como nacionales. ¿Vos viste algo más trucho que la plástica argentina? Aparece Bacon y todos les dan a las reses. Aparece Hockney y todos se ponen a pintar piscinas.* Zippo alternó durante un tiempo la crítica de plástica con la crónica de policiales. No tardó en ganarse la bronca de los demás críticos, los galeristas y los plásticos. Los conoce a todos. *A todos me los tengo junados,* dice. Y empieza a nombrarlos uno por uno. *Escribir sobre ellos es como ser comentarista deportivo de una pelea de box entre enanos. Y encima arreglada.* Después reflexiona: *Si me hubiera metido con la literatura no habría corrido mejor suerte mi librito, que finalmente, más que gelinita, devino en una molo.*

3) *EL ALMA*

Hace cinco años que Zippo está separado de Deborah Goldblum, una bailarina del Teatro San Martín. Con ella tuvo a Alma, su hija. *Hace cinco años yo andaba en la malaria más absoluta. Un día suena el tubo. De parte del Cachorro Testa, me dicen. Un pesado de aquellos, el Cachorro. Está en la leonera y tiene para rato. Por entonces, cuando Debo estaba embarazada, hacía poco que lo habían encanado. Bueno, la cosa es que me llama uno de los suyos. Y dice que quiere verme, que el Cachorro se enteró de mi situación. El Cachorro sabe que te rajaron del diario, me dice. Y que tu señora está esperando familia. Me encuentro con el ñato en un bar de Santa Fe y Coronel Díaz. Y el tipo me dice que tiene algo que darme de parte del jefe. Tomá, me dice. Y me entrega un paco de mosca. Buscate un buen sanatorio, pibe. Te lo ganaste por ser un tipo de alma, me dice. El Cachorro dice que es lo menos que puede hacer por vos.* Zippo juega con la tapa del encendedor, prende un cigarrillo ofreciendo el perfil y cuenta: *Por eso, a la nena le puse Alma.* Zippo lleva a Alma a los recitales de Los Redondos y a El Dorado. Cuando la tiene él, la lleva a todos los lugares que va. Y ella se aguanta, despierta, acompañándolo. Cuando tiene a su Alma con él no necesita tomar ni whisky ni merca. Nada. Pero cuando la devuelve al departamento de su madre el domingo a la noche, o cuando la despide el lunes por la mañana en la puerta del jardín, se mete en el primer bar y se manda una ginebra doble con un lexo. *Es una urgencia del cuerpo que perdió su Alma*, dice. *Entonces, es cuando la soledad aprieta más fuerte. ¿Sabés lo que es sentir que perdiste tu Alma?*

Básicamente, estos temas son las obsesiones de Zippo: el miedo, la propiedad y el alma. El orden puede ser intercambiable. Quizá ponerle un orden sea arbitrario. Porque sus obsesiones suelen aparecen en forma simultánea. Zippo se atropella para hablar de cada una pero no puede desarrollarla, le cuesta, porque detrás, pegadas, están las otras dos empujándose para aflorar.

Y aquí estamos, casi las cinco, liquidando la botella de JB. Siempre con delicadeza y pudor, Zippo me ha pedido permiso para pasar de nuevo al baño. *Algo me cayó indigesto*, ha dicho. *¿Cómo no va a prender fácil el cólera? Si somos todos cagones en potencia. Y si surge un valiente, se trata de un pobre cagón que huye hacia adelante.*

Miro el reloj. Veo qué hora es. Pero no tiene ninguna importancia. Zippo está saliendo de nuevo del baño, tosiendo, pasándose el revés de la mano derecha por la boca. Se acomoda otra vez frente a la mesa y revisa el fumo. Queda poco.

–Pura semilla –dice–. Y encima esta yerba está meada.

Se pone a armar. Y medita.

–Hoy fue todo una mierda –dice–. El calor, hermanito. No te deja pensar. Sensación térmica cuarenta y tres grados. Y, como si fuera poco, cargale las amenazas. Hoy otra. A lo de mis viejos llamaron. Porque tienen dónde estoy parando. Por suerte, atendí yo el teléfono. Que si llega a atender la vieja le da un síncope.

Y todo por su nuevo libro, me informa. Está escribiendo un gran libro sobre la superbanda. *Lo de gran*, aclara, *es por lo voluminoso*. Su humildad me mata.

–No te confundas con la banda de los comisarios –dice–. Esos son los de los secuestros extorsivos. Yo sabía que me metía en una grosa, que iba a tener quilombo, pero no tan pronto. "Te vamos a hacer cagar a vos y a tu nena", me dijeron. "Vos seguí jodiendo, escribí boludeces. Y vas a ver." Los rochos me garantizaron que no le va a pasar nada a mi Alma. Al que se meta con tu Alma lo reventamos, me dijeron. Pero igual, hermanito, ¿cómo querés que me quede tranquilo?

Sin embargo, no está dispuesto a volverse atrás. Alcanzó un punto de no retorno. *En una de esas, le piso el poncho a Capote*, ha dicho. Y vuelve a contarme una crónica que publicó hace unos meses sobre una fuga de la cárcel de Devoto. Unos presos cavaron un túnel. Cuando estaban más allá de la mitad, al cavar encontraron restos humanos. El asco y el terror los paralizaron. Pero siguieron adelante. De todos ellos, sólo uno consiguió escapar. En la nota que publicó Zippo atribuía los restos a presos políticos de la época de la dictadura. Zippo me cuenta cómo obtuvo los pormenores de la fuga y el hallazgo de los N.N. Un llamado telefónico. Una cita en una estación de tren en la provincia. Dos tipos lo esperan. Lo suben a un auto. Le piden disculpas por tener que vendarle los ojos. El auto da vueltas y más vueltas. Después toma por un camino de tierra. Lo bajan a Zippo. Y siempre a ciegas lo hacen entrar en una casa. Cuando le quitan la venda está frente al único fugitivo de Devoto. Mientras pican unas milanesas frías y toman whisky, Zippo le hace el reportaje. En un sillón, a un costado de la mesa, hay una metra. En un camastro, pistolas y munición. El sitio parece un arsenal. Zippo me dice que tiene toda esa conversación grabada en un cassette. *Los rochos me baten siempre la justa*, ha dicho. *Y si se equivocan, se rectifican.* Después de publicada la crónica, los rochos lo buscaron para corregir el dato. Los restos humanos no eran de "subversivos", le dijeron. *Correspondían a sopres que quisieron piantar durante un motín en el tiempo de los milicos.* Pero, ¿por qué me cuenta Zippo toda esta historia?

–Porque fue cuando la escribí que empecé a escarbar sobre la superbanda –dice Zippo–. Y ellos me advirtieron: "Nosotros te podemos pasar todo el chimenterío posta, pero guarda con los azules, pibe". Y no te cuento más porque no hace bien cuando pariste un capítulo salir rajando a mostrárselo al gomía que tenés más cerca. A lo escrito hay que darle tiempo de maduración. Además, en este caso, tengo que chequear constantemente cada dato. Y esta vez, palabra, hermanito, estoy sentado sobre gelinita pura. Y voy a seguir aunque manden plomo.

Zippo apaga el porro, se para y se inclina como en una reverencia diciéndome:

–Con permiso –excusándose y volviendo a entrar al baño–. Debe ser el calor.

Esta noche yo esperaba que refrescara y acostarme razonablemente temprano. No sólo no refrescó sino que además me encontré con Zippo. Y las noches con Zippo, ya lo dije, no tienen fin. En estas noches cada vez que uno mira la hora son las cuatro de la madrugada. Ahora, las cuatro fueron hace milenios. Y también las cinco. El tiempo es cada vez más corto. Mientras tanto, salgo al balcón. Mañana será un día como el de hoy. Pero mañana ya es hoy. En un rato va a amanecer. Y el calor subirá otra vez hirviendo la ciudad. Puede sentirse en la viscosidad de los últimos sonidos nocturnos que trepan hasta el balcón, densos, graves, como un disco pasado despacio. Desde abajo, desde la calle, vienen los gritos de unos pibes, puteadas, estrépito de vidrios rotos, los frenos histéricos de un automóvil, un motor que arranca, más puteadas. Es la salida de Palladium.

–Te invito un café, hermanito –dice Zippo asomándose al balcón con una toalla al cuello–. Nos va a hacer bien tomar un poco de aire. Es lo único que nos falta tomar.

Acepto. Pero antes debo pasar yo al baño. En los bordes del inodoro hay unas partículas rojas muy pequeñas, diminutas, casi imperceptibles. Busco lavarlas con la meada. Todo lo que logro es salpicar a los costados.

Bajamos callados el ascensor. A Zippo parece habérsele gastado la saliva. Al volver a la calle, el miedo lo ataca de nuevo. Pero no lo dice. Caminamos por Córdoba hacia San Martín. Los bares de la esquina están cerrados. Zippo mira hacia atrás, como cerciorándose de algo. Doblamos por San Martín y después por Paraguay. Ni un bar abierto. Seguimos hasta Reconquista y enfilamos hacia Plaza San Martín. Al cruzar cada calle, Zippo se da vuelta y después sigue.

Cruzamos hacia Retiro. La confitería de la estación también está cerrada. Seguimos de largo, hacia el fondo, y damos con un bar miserable, que apesta a amoníaco. Antes de entrar, brusco, Zippo gira para mirar hacia atrás. Recién entonces entra.

–No, nada –dice–. Me pareció.

Nos ubicamos en los taburetes de la barra. Pedimos dos cafés con leche y medialunas. Pero es demasiado temprano; las medialunas todavía no llegaron. Dos porciones de pastafrola parecen estar esperándonos desde el fondo de los tiempos, debajo de una enorme campana de vidrio. Las pedimos. Tienen un sabor agridulce y una consistencia grumosa.

–Ya vengo. –Zippo se aparta de la barra.– Con permiso. –Y va al baño.

Poco a poco el bar se va llenando con los primeros laburantes, morochos jóvenes con el pelo húmedo y la cara fresca. Tienen un bolsito al hombro. Son peones y estibadores. También poco a poco ha ido amaneciendo. Y la mañana va pasando del azul a la claridad total.

–De día me siento más seguro –dice Zippo–. No demasiado, pero me conformo.

Está agotado, como si viniera de correr una maratón. Con la luz del día su palidez es cadavérica. Tiene los ojos irritados.

–En *Clarín* hay un flaco amigo, un periodista veterano de policiales –cuenta Zippo–. También se puso a escarbar en el asunto. Hace unos meses, una noche, cuando entraba en su casa, le metieron unos cuetazos. Si se salvó, fue porque era un aviso, ¿entendés?

Andamos por una de las dársenas de colectivos frente a la Torre de los Ingleses. En el reloj son las siete y diez. Zippo se detiene en una parada, y estudia el cartel como si fuera un jeroglífico.

–Yo sé que ninguna batalla se gana jamás, hermanito –dice–. El campo de batalla sólo revela al hombre su propia locura y desesperación. Y la victoria es una ilusión de filósofos y de tontos: William Faulkner. ¿A quién se lo habrá afanado?

Zippo camina levantando la cabeza, leyendo los carteles de las paradas. Hace un buen rato que recorremos las dársenas. Zippo leyendo los carteles con los recorridos y yo a su lado. Finalmente se decide por una línea. Revuelve en los bolsillos del saco buscando monedas. Busca también en los bolsillos del jean. Y termina extrayendo del saco una billetera de cuero gastado. Tira de un billete marrón. Cada uno de estos gestos son lentos, difíciles. Se pone un cigarrillo en la boca, lo prende y juega un rato con la tapa del encendedor.

–¿Vos pensás que arreglaría algo yendo calzado? –me pregunta. Y se queda mirando la puntera sucia de sus zapatillas. En la cara tiene esa expresión que no se sabe si es el anticipo de una carcajada o un llanto–. Hoy mismo voy a la cárcel –dice y marca un suspenso–. Tengo que ver un punto que me va a pasar unos datos.

Después hace una seña:

–Ahí viene mi colectivo.

Nos despedimos con un abrazo.

–Deseáme suerte, hermanito –me pide.

Y con una agilidad inesperada se cuelga del colectivo que apenas frena.

Cuando entro en el departamento el sol rebota en la botella, los vasos vacíos y el cenicero repleto. Sobre la mesa, Zippo se dejó un papelito con anotaciones. Juzgados, causas, expedientes. Bajo la persiana. Demasiada luz.

Antes de acostarme, cuando voy a mear, en los bordes del inodoro siguen esas partículas rojas. ■

De *Animales domésticos*. Se reproduce aquí por gentileza del autor.

sas y la guerra contra el malón. *Nos convenía pasar de las consignas del Che al pacifismo de Woodstock.*

En lugar de crear uno, dos, cien Vietnam en todas partes, más saludable les pareció organizar una comunidad. Pero un mediodía, un sábado, mientras guitarreaban, tomaban unos vinos y hacían un asado, varios Falcon rodearon el casco. La desbandada. Zippo atinó a tirarse de cabeza al aljibe. Desde el fondo del pozo, enterrado en el agua y la oscuridad, oyó los gritos y los tiros. *Mamá, mamita, gritaba uno de los cumpas*, cuenta Zippo. *Yo zafé*, dice. Y se queda callado un rato. Después de eso, después de haberse salvado, el exilio, la culpa de estar vivo y las pesadillas recurrentes. *Desde entonces me quedó esta variación del tartamudeo, la lentitud para arrancar una frase y después mandarla de un tirón.* También, aclara, esa costumbre de darse vuelta cada tanto en la calle. La persecuta no es boluda. Y el paranoico siempre tiene algo de razón, dice. Lo dice con esa expresión, tensando la boca hacia los costados. *Era un borrego, hermanito. Cuando aterricé en el De Efe ni sabía cómo me llamaba. Y todavía hoy sueño que estoy en el fondo del pozo.*

2) *LA PROPIEDAD*

Hace un par de años Zippo publicó un libro sobre la falsificación y el robo de obras de arte en Argentina. La premisa de Zippo es inspirada. Y parte de la literatura. *Onetti le afanó a Faulkner. Faulkner le afanó a Melville. Melville le afanó a la Biblia*, comenta Zippo. *Y los que escribieron la Biblia, son los sumos pontífices del achaco.*





Por Guillermo Saccomanno

¿Ves? Por ese lado me tira a mí el arte. Por el lado del achaco. Pero el libro de Zippo no es sobre literatura sino sobre plástica. *Pensaba que mi libro era gelinita pura. Imaginate. Me metía con los marchands, con los funcionarios de los museos. ¿Querés que te cuente cómo te podés hacer con un Pettoruti, con un Fader, con un Victorica?* Zippo dice que un día de lluvia un empleado del museo llega a su oficina con impermeable. Baja al sótano y ataca una tela. Después, se la lleva en el forro del impermeable. *¿Quién va a inspeccionar el sótano de un museo?* Y otro día de lluvia, el empleado vuelve con el impermeable. Y en el impermeable trae la copia que reemplaza al original. *Esta es la fórmula más cantada de todas las fórmulas de achaco de los clásicos nacionales, que no existen ni como clásicos ni como nacionales. ¿Vos viste algo más trucho que la plástica argentina? Aparece Bacon y todos les dan a las reses. Aparece Hockney y todos se ponen a pintar piscinas.* Zippo alternó durante un tiempo la crítica de plástica con la crónica de policiales. No tardó en ganarse la bronca de los demás críticos, los galeristas y los plásticos. Los conoce a todos. *A todos me los tengo junados*, dice. Y empieza a nombrarlos uno por uno. *Escribir sobre ellos es como ser comentarista deportivo de una pelea de box entre enanos. Y encima arreglada.* Después reflexiona: *Si me hubiera metido con la literatura no habría corrido mejor suerte mi librito, que finalmente, más que gelinita, devino en una molo.*

3) *EL ALMA*

Hace cinco años que Zippo está separado de Deborah Goldblum, una bailarina del Teatro San Martín. Con ella tuvo a Alma, su hija. *Hace cinco años yo andaba en la malaria más absoluta. Un día suena el tubo. De parte del Cachorro Testa, me dicen. Un pesado de aquellos, el Cachorro. Está en la leonera y tiene para rato. Por entonces, cuando Debo estaba embarazada, hacía poco que lo habían encanado. Bueno, la cosa es que me llama uno de los suyos. Y dice que quiere verme, que el Cachorro se enteró de mi situación. El Cachorro sabe que te rajaron del diario, me dice. Y que tu señora está esperando familia. Me encuentro con el ñato en un bar de Santa Fe y Coronel Díaz. Y el tipo me dice que tiene algo que darme de parte del jefe. Tomá, me dice. Y me entrega un paco de mosca. Buscate un buen sanatorio, pibe. Te lo ganaste por ser un tipo de alma, me dice. El Cachorro dice que es lo menos que puede hacer por vos.* Zippo juega con la tapa del encendedor, prende un cigarrillo ofreciendo el perfil y cuenta: *Por eso, a la nena le puse Alma.* Zippo lleva a Alma a los recitales de Los Redondos y a El Dorado. Cuando la tiene él, la lleva a todos los lugares que va. Y ella se aguanta, despierta, acompañándolo. Cuando tiene a su Alma con él no necesita tomar ni whisky ni merca. Nada. Pero cuando la devuelve al departamento de su madre el domingo a la noche, o cuando la despide el lunes por la mañana en la puerta del jardín, se mete en el primer bar y se manda una ginebra doble con un lexo. *Es una urgencia del cuerpo que perdió su Alma*, dice. *Entonces, es cuando la soledad aprieta más fuerte. ¿Sabés lo que es sentir que perdiste tu Alma?*

Básicamente, estos temas son las obsesiones de Zippo: el miedo, la propiedad y el alma. El orden puede ser intercambiable. Quizá ponerle un orden sea arbitrario. Porque sus obsesiones suelen aparecen en forma simultánea. Zippo se atropella para hablar de cada una pero no puede desarrollarla, le cuesta, porque detrás, pegadas, están las otras dos empujándose para aflorar.

Y aquí estamos, casi las cinco, liquidando la botella de JB. Siempre con delicadeza y pudor, Zippo me ha pedido permiso para pasar de nuevo al baño. *Algo me cayó indigesto*, ha dicho. *¿Cómo no va a prender fácil el cólera? Si somos todos cagones en potencia. Y si surge un valiente, se trata de un pobre cagón que huye hacia adelante.*

Miro el reloj. Veo qué hora es. Pero no tiene ninguna importancia. Zippo está saliendo de nuevo del baño, tosiendo, pasándose el revés de la mano derecha por la boca. Se acomoda otra vez frente a la mesa y revisa el fumo. Queda poco.

–Pura semilla –dice–. Y encima esta yerba está meada.

Se pone a armar. Y medita.

–Hoy fue todo una mierda –dice–. El calor, hermanito. No te deja pensar. Sensación térmica cuarenta y tres grados. Y, como si fuera poco, cargale las amenazas. Hoy otra. A lo de mis viejos llamaron. Porque tienen dónde estoy parando. Por suerte, atendí yo el teléfono. Que si llega a atender la vieja le da un síncope.

Y todo por su nuevo libro, me informa. Está escribiendo un gran libro sobre la superbanda. *Lo de gran*, aclara, *es por lo voluminoso*. Su humildad me mata.

–No te confundas con la banda de los comisarios –dice–. Esos son los de los secuestros extorsivos. Yo sabía que me metía en una grosa, que iba a tener quilombo, pero no tan pronto. "Te vamos a hacer cagar a vos y a tu nena", me dijeron. "Vos seguí jodiendo, escribí boludeces. Y vas a ver." Los rochos me garantizaron que no le va a pasar nada a mi Alma. Al que se meta con tu Alma lo reventamos, me dijeron. Pero igual, hermanito, ¿cómo querés que me quede tranquilo?

Sin embargo, no está dispuesto a volverse atrás. Alcanzó un punto de no retorno. *En una de esas, le piso el poncho a Capote*, ha dicho. Y vuelve a contarme una crónica que publicó hace unos meses sobre una fuga de la cárcel de Devoto. Unos presos cavaron un túnel. Cuando estaban más allá de la mitad, al cavar encontraron restos humanos. El asco y el terror los paralizaron. Pero siguieron adelante. De todos ellos, sólo uno consiguió escapar. En la nota que publicó Zippo atribuía los restos a presos políticos de la época de la dictadura. Zippo me cuenta cómo obtuvo los pormenores de la fuga y el hallazgo de los N.N. Un llamado telefónico. Una cita en una estación de tren en la provincia. Dos tipos lo esperan. Lo suben a un auto. Le piden disculpas por tener que vendarle los ojos. El auto da vueltas y más vueltas. Después toma por un camino de tierra. Lo bajan a Zippo. Y siempre a ciegas lo hacen entrar en una casa. Cuando le quitan la venda está frente al único fugitivo de Devoto. Mientras pican unas milanesas frías y toman whisky, Zippo le hace el reportaje. En un sillón, a un costado de la mesa, hay una metra. En un camastro, pistolas y munición. El sitio parece un arsenal. Zippo me dice que tiene toda esa conversación grabada en un cassette. *Los rochos me baten siempre la justa*, ha dicho. *Y si se equivocan, se rectifican.* Después de publicada la crónica, los rochos lo buscaron para corregir el dato. Los restos humanos no eran de "subversivos", le dijeron. *Correspondían a sopres que quisieron piantar durante un motín en el tiempo de los milicos.* Pero, ¿por qué me cuenta Zippo toda esta historia?

–Porque fue cuando la escribí que empecé a escarbar sobre la superbanda –dice Zippo–. Y ellos me advirtieron: "Nosotros te podemos pasar todo el chimenterío posta, pero guarda con los azules, pibe". Y no te cuento más porque no hace bien cuando pariste un capítulo salir rajando a mostrárselo al gomía que tenés más cerca. A lo escrito hay que darle tiempo de maduración. Además, en este caso, tengo que chequear constantemente cada dato. Y esta vez, palabra, hermanito, estoy sentado sobre gelinita pura. Y voy a seguir aunque manden plomo.

Zippo apaga el porro, se para y se inclina como en una reverencia diciéndome:

–Con permiso –excusándose y volviendo a entrar al baño–. Debe ser el calor.

Esta noche yo esperaba que refrescara y acostarme razonablemente temprano. No sólo no refrescó sino que además me encontré con Zippo. Y las noches con Zippo, ya lo dije, no tienen fin. En estas noches cada vez que uno mira la hora son las cuatro de la madrugada. Ahora, las cuatro fueron hace milenios. Y también las cinco. El tiempo es cada vez más corto. Mientras tanto, salgo al balcón. Mañana será un día como el de hoy. Pero mañana ya es hoy. En un rato va a amanecer. Y el calor subirá otra vez hirviendo la ciudad. Puede sentirse en la viscosidad de los últimos sonidos nocturnos que trepan hasta el balcón, densos, graves, como un disco pasado despacio. Desde abajo, desde la calle, vienen los gritos de unos pibes, puteadas, estrépito de vidrios rotos, los frenos histéricos de un automóvil, un motor que arranca, más puteadas. Es la salida de Palladium.

–Te invito un café, hermanito –dice Zippo asomándose al balcón con una toalla al cuello–. Nos va a hacer bien tomar un poco de aire. Es lo único que nos falta tomar.

Acepto. Pero antes debo pasar yo al baño. En los bordes del inodoro hay unas partículas rojas muy pequeñas, diminutas, casi imperceptibles. Busco lavarlas con la mano. Todo lo que logro es salpicar a los costados.

Bajamos callados el ascensor. A Zippo parece habérsele gastado la saliva. Al volver a la calle, el miedo lo ataca de nuevo. Pero no lo dice. Caminamos por Córdoba hacia San Martín. Los bares de la esquina están cerrados. Zippo mira hacia atrás, como cerciorándose de algo. Doblamos por San Martín y después por Paraguay. Ni un bar abierto. Seguimos hasta Reconquista y enfilamos hacia Plaza San Martín. Al cruzar cada calle, Zippo se da vuelta y después sigue.

Cruzamos hacia Retiro. La confitería de la estación también está cerrada. Seguimos de largo, hacia el fondo, y damos con un bar miserable, que apesta a amoníaco. Antes de entrar, brusco, Zippo gira para mirar hacia atrás. Recién entonces entra.

–No, nada –dice–. Me pareció.

Nos ubicamos en los taburetes de la barra. Pedimos dos cafés con leche y medialunas. Pero es demasiado temprano; las medialunas todavía no llegaron. Dos porciones de pastafrola parecen estar esperándonos desde el fondo de los tiempos, debajo de una enorme campana de vidrio. Las pedimos. Tienen un sabor agridulce y una consistencia grumosa.

–Ya vengo. –Zippo se aparta de la barra.– Con permiso. –Y va al baño.

Poco a poco el bar se va llenando con los primeros laburantes, morochos jóvenes con el pelo húmedo y la cara fresca. Tienen un bolsito al hombro. Son peones y estibadores. También poco a poco ha ido amaneciendo. Y la mañana va pasando del azul a la claridad total.

–De día me siento más seguro –dice Zippo–. No demasiado, pero me conformo.

Está agotado, como si viniera de correr una maratón. Con la luz del día su palidez es cadavérica. Tiene los ojos irritados.

–En *Clarín* hay un flaco amigo, un periodista veterano de policiales –cuenta Zippo–. También se puso a escarbar en el asunto. Hace unos meses, una noche, cuando entraba en su casa, le metieron unos cuetazos. Si se salvó, fue porque era un aviso, ¿entendés?

Andamos por una de las dársenas de colectivos frente a la Torre de los Ingleses. En el reloj son las siete y diez. Zippo se detiene en una parada, y estudia el cartel como si fuera un jeroglífico.

–Yo sé que ninguna batalla se gana jamás, hermanito –dice–. El campo de batalla sólo revela al hombre su propia locura y desesperación. Y la victoria es una ilusión de filósofos y de tontos: William Faulkner. ¿A quién se lo habrá afanado?

Zippo camina levantando la cabeza, leyendo los carteles de las paradas. Hace un buen rato que recorremos las dársenas. Zippo leyendo los carteles con los recorridos y yo a su lado. Finalmente se decide por una línea. Revuelve en los bolsillos del saco buscando monedas. Busca también en los bolsillos del jean. Y termina extrayendo del saco una billetera de cuero gastado. Tira de un billete marrón. Cada uno de estos gestos son lentos, difíciles. Se pone un cigarrillo en la boca, lo prende y juega un rato con la tapa del encendedor.

–¿Vos pensás que arreglaría algo yendo calzado? –me pregunta. Y se queda mirando la puntera sucia de sus zapatillas. En la cara tiene esa expresión que no se sabe si es el anticipo de una carcajada o un llanto–. Hoy mismo voy a la cárcel –dice y marca un suspenso–. Tengo que ver un punto que me va a pasar unos datos.

Después hace una seña:

–Ahí viene mi colectivo.

Nos despedimos con un abrazo.

–Deseáme suerte, hermanito –me pide.

Y con una agilidad inesperada se cuelga del colectivo que apenas frena.

Cuando entro en el departamento el sol rebota en la botella, los vasos vacíos y el cenicero repleto. Sobre la mesa, Zippo se dejó un papelito con anotaciones. Juzgados, causas, expedientes. Bajo la persiana. Demasiada luz.

Antes de acostarme, cuando voy a mear, en los bordes del inodoro siguen esas partículas rojas. ■

oduce aquí por gentileza del autor.

POR UNA CABEZA

¿Le gusta el turf?, ¿sí? Pues bien, búsquese un par de prismáticos, díganos el nombre del jockey de cada una de estas yeguas, el número de carrera en la que corrió y el puesto que obtuvo.

1. Ninguno de los jockey obtuvo un número de puesto igual al número de carrera en el que participó.
2. Pedro corrió en la 2da carrera y obtuvo el 4to puesto.
3. El jockey de Nicaise, Martín, corrió velozmente en la 4ta carrera.
4. Calfun, cuyo jockey no es Daniel, obtuvo el 3er puesto.
5. Deyopea corrió en la 2da y Sagavasca en la 5ta.
6. Juan es el jockey de Famelia y obtuvo el 1er puesto.

		JOCKEY					CARRERA					PUESTO				
		Daniel	Juan	Luis	Martín	Pedro	1a	2a	3a	4a	5a	1er	2do	3er	4to	5to
YEGUA	Calfun															
	Deyopea															
	Famelia															
	Nicaise															
	Sagavasca															
PUESTO	1er															
	2do															
	3er															
	4to															
	5to															
CARRERA	1a															
	2a															
	3a															
	4a															
	5a															

YEGUA	JOCKEY	CARRERA	PUESTO

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Idiomas

1. Surinam	A. Holandés
2. Haití	B. Inglés
3. Honduras	C. Español
4. Jamaica	D. Francés

Shakespeare en cine

1. Ricardo III	A. F. Zeffirelli
2. Romeo y Julieta	B. Lawrence Oliver
3. Antonio y Cleopatra	C. Akira Kurosawa
4. Ran	D. Charlton Heston

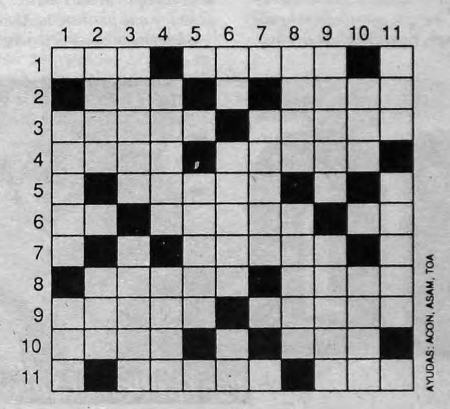
Amigos

1. Llanero solitario	A. Jaime Olsen
2. Cisco Kid	B. Robin
3. Batman	C. Pancho
4. Superman	D. Toro

¿Qué es?

1. Brisca	A. Elemento químico
2. Besugo	B. Pez
3. Bromo	C. Juego
4. Belladonna	D. Veneno

ORTODOXO



HORIZONTALES

1. Me atrevo./ Capital de Marruecos.
2. Río de Europa./ Castré.
3. Queridos, amados./ Golpe que se da a una cosa en el aire antes que caiga al suelo.
4. Estado de la India./ Curar.
5. Altura.
6. Iniciales del científico Einstein./ Del aire (fem.)./ Siglas de la "United Artists".
7. Salitre.
8. Flor nacional de Méjico./ Río de Alemania.
9. Trabajo, labor./ Acierta.
10. Cuero cosido y empegado que sirve para contener vino./ Pronombre demostrativo.
11. Treta./ Mamífero plantígrado (fem.).

VERTICALES

1. Estación teledifusora./ Maroma para atoar.
2. Abreviatura de señoras./ Entregad.
3. Percibirán sonidos./ (Violeta) Cantautora chilena.
4. Sufijo que significa "ley"./ Interpretar lo escrito.
5. Saludo militar.
6. Prefijo: separación./ Formal (fem.)./ Ciento uno, en romanos.
7. Criado, sirviente.
8. Barca chata de las Antillas./ Aro, pendiente.
9. Cortas por el pie./ Negligente.
10. Prefijo: intensificación./ Consonante (pl.).
11. Prefijo: tierra./ Fatiga, agobia.

EXTRACCION

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1. Fiesta infantil

G	A	R	R	S
T	E	R	B	S
V	L	L	T	O
V	O	O	O	A
G	O	S	A	O

2. El casamiento

T	I	D	I	A
N	O	A	J	O
V	R	V	I	A
S	I	V	J	E
N	O	A	R	E

3. Matemática

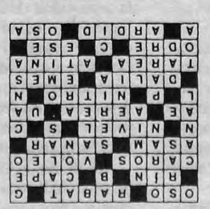
P	L	S	O	L
R	E	U	T	O
I	U	A	T	R
M	G	N	N	A
P	E	N	A	O

SOLUCIONES — Jueves 8/1

EXTRACCION

1. Fiesta infantil
Globo, torta, vasos, velas, gorro.
2. El casamiento
Traje, novia, viaje, sidra, novio.
3. Matemática
Punto, resta, igual, menor, plano.

ORTODOXO



CORRESPONDENCIAS

Idiomas: 1-A, 2-D, 3-C, 4-B. **Shakespeare en cine:** 1-B, 2-A, 3-D, 4-C. **Amigos:** 1-D, 2-C, 3-B, 4-A. **¿Qué es?:** 1-C, 2-B, 3-A, 4-D.

POR UNA CABEZA

Calfun, Luis, 1º, 3º.
Deyopea, Pedro, 2º, 4º.
Famelia, Juan, 3º, 1º.
Nicaise, Martín, 4º, 5º.
Sagavasca, Daniel, 5º, 2º.